

La familia

■ Cuando observo la producción dramática contemporánea, echo de menos un tipo de obra que recibía el nombre genérico de "drama familiar". En ellas, el dramaturgo no tenía que romperse la cabeza buscando un lugar de acción para desarrollar su conflicto. Le bastaba el salón de una casa y sus personajes lo constituían los miembros de una familia que, por su obligada convivencia, desarrollaban sentimientos de amor y de odio, entraban en pugna e, inexorablemente, terminaban o destruidos o más unidos. No se ha encontrado aún en la dramaturgia contemporánea mejor situación conflictiva que la que se produce en el enfrentamiento entre padres e hijos; pocos temas son más sórdidos que las desavenencias de los miembros de una misma familia en torno a una herencia y es difícil alcanzar el sublime sentimiento que se desprende del amor conyugal.

Sin embargo, el teatro que, según dicen, es espejo de la vida, ha ido paulatinamente abandonando estos temas y, si así sucede, es porque se ha ido produciendo, también paulatinamente, un empobrecimiento de la vida familiar. Un dramaturgo que elige como lugar de acción la sala de una casa, corre el riesgo, si pretende ser realista, de que su escenario permanezca vacío por un largo tiempo.

Para empezar, hay una pronunciada compresión del término familia. Hoy la mayoría lo entiende referido casi exclusivamente a un matrimonio y sus hijos. ¿Y dónde quedan los tíos, los abuelos, las nueras, los sobrinos, los nietos y los cuñados? Ellos son personas que conocemos, a los que encontramos en conjunto tan sólo cuando hay un matrimonio o una defunción en la familia. Y aún, en esas circunstancias, no es fácil encontrar a la familia completa.

En cambio, si recurrimos a viejos testimonios que suelen encontrarse en baúles abandonados en polvorientos desvanes, encontraremos fotografías de abarrotados grupos de gente de todas las edades. Son los retratos de familia y cuando le pre-

guntamos al anciano que nos los muestra y que es el mismo chiquillo de traje de marinero que está sentado sobre la falda de su madre en el extremo izquierdo de la foto, qué acontecimiento se celebraba para que se reuniera tanta gente unida por el lazo familiar, nos contestará con una simpleza que nos parecerá sospechosa, que esa foto fue tomada un domingo cualquiera.

Esa vida familiar que antes se practicaba, permitía que cada uno de sus miembros no se sintiera aislado. Ellos sabían que en un momento de apuro o de aflicción, estaban rodeados de personas a quienes acudir. La solidaridad familiar se daba natural y espontáneamente.

"¿Dónde están nuestros hijos?", se preguntaban los padres de hace dos décadas cuando éstos desaparecían del hogar en busca de entretenimientos más excitantes. Hoy la pregunta se multiplica. Son los hijos los que se preguntan "¿Dónde están nuestros padres?". Los padres, a su vez, no sabiendo con quien dejar a los hijos pequeños cuando deben cumplir un compromiso social, suelen preguntarse "¿Dónde están los abuelos?", y al no encontrarlos, pues están en sus diversiones o actividades particulares, terminan demandando "¿Y dónde están las tías?".

El empobrecimiento de la vida familiar nos ha convertido a todos, quien más quien menos, en navegantes solitarios que deben arreglárselas por sus propios medios.

Por eso, cuando leo declaraciones de principios que nos dicen que la familia es el cimiento sólido en el que descansa la organización social, cuando el mismo concepto escucho a personas de docto intelecto, no puedo menos que concordar con ellos y, al mismo tiempo, sentir la proximidad del peligro del derrumbe.

Ese amplio cimiento que constituía la familia haciendo una vida común, ha ido achicándose en tal forma que si antes daba sustento a un edificio de amplia base y sólidas estructuras, ahora apenas si se puede construir sobre él un obelisco.

PARTIQUINO